



MI PARROQUIA

Hoja Dominical de SANTIAGO de Cáceres

El Excmo. y Rvdmo. Sr. Dr. D. Pedro Segura Sáenz, Obispo de Coria, concede 50 días de indulgencia a todos y cada uno de los lectores de esta HOJA.

Santos de la semana

31 ✠ Domingo XXIII después de Pentecostés.—Ss. Ampliato, Urbano, Narciso, Quintín, mrs; Estaque, Antonino, Wolfgang, obs; Natalio, pb.

1 ✠ Lunes.—La Fiesta de Todos los Santos; Ss. Cesáreo, dc., Benigno, pb., mrs.; Marcelo, Vigor, obs.; Maturino; Severino, mj.; María, esclava, Cirenía, Juliana, mrs.

2 Martes.—La Conmemoración de los Fieles Difuntos. Ss. Victoriano, ob., Justo, Publio, Víctor, mrs.; Jorge, Teodoro, obs.; Ambrosio, ab.; Eustoquia, virgen y mr.

Todos los que confesados y comulgados visitaren este día cualquier iglesia u oratorio público o semipúblico y oraren por la intención de S. S., gana-

rán *toties quoties* indulgencia plenaria aplicable sólo a los difuntos.

3 Miércoles.—Los Innumerables mártires de Zaragoza. Ss. Teófilo, Germán. mrs.; Ermengol, Malaquías, obs.; Valentín, pb.; Hilario, dc.; Silvia; B. Pedro Almató, mr.; Wenefrida, vg. mr.

4 Jueves.—S. Carlos Borromeo, ob.; Ss. Vidal y Agrícola, mrs.; Ss. Nicandro, ob., Hermas. Claro, pbs., Porfirio, mrs., Amancio, ob.; Joannicio, ab.; Pierlo, pb.; Enrique; Modesta, vg.

5 Viernes.—Ss. Zacarías, pf.; Eusebio, mj.; Félix, pb., Galación, Filoteo, Dominio, Teófilo, Silvano, mrs.; Magno, Dominador, Fibicio, obs.; Leto, pb; Juan Epistema, mr.; Isabel, madre de San Juan.

6 Sábado.—Ss. Félix, Severo, ob., mártire.; Atico Minoco, ab.; Félix, mj. Leonardo; Claudina.

SANTO EVANGELIO

San Mateo 9, 18-26

Hablando Jesús a la muchedumbre, he aquí un príncipe se acercó a él y le adoró diciendo: Señor, ahora acaba de morir mi hija; mas ven, pon tu mano sobre ella y vivirá. Y levantándose Jesús, le fué siguiendo con sus discípulos, Y he aquí una mujer que padecía flujo de sangre, hacia doce años, llegándose por detrás, tocó la orla de sa vestido. Porque decía dentro de sí: Si tocare solamente su vestido, seré sana. Y volviéndose Jesús y viéndola, dijo: Ten confianza, hija, tu fe te ha sanado, Y quedó sana la mujer, desde aquella hora. Y cuando llegó Jesús a casa de aquel príncipe, y vió los tañedores de flauta, y una tropa de gente que hacía ruido, dijo: Retiraos, pues lá muchaeha no es muerta, sino que duerme. Y se movían de él. Y cuando fué echada fuera la gente, entró, y la tomó psr la mano. Y se levantó la muchacha. Y corrió esta fama por toda aquella tierra.

COMENTARIO

En el Evangelio de este día se nos da cuenta de dos milagros obrados por Jesucristo, entre los muchos que los Evangelistas nos refieren y los muchísimos de que nos hablan, porque no sería posible referirlos todos.

El príncipe, o persona principal que se llegó a Jesucristo para pedirle la resurrección de su hija, era un jefe de la sinagoga, que se llamaba Jairo. Su hija era única y de edad de doce años. Cuando Jesucristo se dirigía al domicilio de este hombre, en el camino se acercó una mujer que padecía crónica enfermedad, y tanta era su fe en el Señor, que estaba segura de que con sólo tocar la orla su vestido curaría.

En uno y en otro caso, es la confianza en Jesucristo la que mueve a pedir el remedio. Y Jesús, por esta confianza accede a los ruegos de ambos y obra esos dos ruidosos prodigios, con lo cual nos enseña a poner en él enteramente nuestra esperanza.

La mujer sanada era de buena posición, pues en agradecimiento hizo levantar una estatua al Salvador delante de su propia casa, en la ciudad de Cesarea de Filipo, de donde era.

Los tañedores de flautas de que nos habla el Evangelio, eran llamados en tiempo de luto para que, formando un concierto fúnebre, moviesen el llanto de los que asistían a tan triste espectáculo.

La festividad de Cristo Rey

Su Santidad el Papa ha designado para la fiesta del Reinado de Cristo, el último domingo de Octubre en que se celebrará perpetuamente. La fiesta es solemnisima con rito de primera clase.

El Rey de las naciones, el Príncipe de la paz, será aclamado en todo el orbe como Redentor del mundo, y como el único Señor al que debemos entera sumisión y servidumbre.

Fiesta es esta que seguramente ha de ser en el transcurso de los años una

de las principales de la Iglesia, porque la realeza de Jesucristo todo lo abarca, y el único que tiene derecho a reinar en todo el mundo es el que por él derramó su sangre y dió su vida.

Nuestros buenos feligreses sabrán honrar a Jesucristo en esta festividad, dándole la gloria que El merece.

La fiesta de Todos los Santos

Ha querido nuestra Madre la Iglesia unir en una sola fiesta la memoria de todos los bienaventurados que en el cielo han entrado ya en posesión de la eterna felicidad.

Son muchos de esos santos los que ya la tienen particular en algunos días del año; pero son muchísimos más aquellos cuyos nombres no figuran en el Santoral, y reinan, no obstante, con Dios.

Es fiesta que debe abrir nuestras almas a la esperanza para que nos movamos a dirigir nuestros pasos por la senda de la virtud que ellos siguieron a fin de alcanzar, como ellos, nuestra felicidad.

Y no tenemos otro destino ni otro fin sobre la tierra: hemos venido a servir a Dios en esta vida, nuestro destino, para gozarle en la otra, nuestro último fin.

Si este servicio nos parece duro, sepamos que más duros son muchos de los que de buen grado aceptamos en la vida, y cuya recompensa no puede compararse con la que nos aguarda más allá de la tumba.

No olvidemos, y ello puede servirnos de ejemplo y de estímulo, que hay muchos más débiles que nosotros en el cielo y tuvieron fuerza para conquistarlo; y que allí hay bienaventurados de todas las edades y de todas las condiciones, que nos animan a trabajar como ellos en nuestra santificación.

Y tengamos siempre en cuenta que la bienaventuranza es un premio que sólo se da al que lo merece, y que ca-

da cual debe ganarlo por sí, sin que podamos encomendar ese asunto personalísimo a ninguna otra persona.

Nos unamos hoy al coro de Santos que en el cielo alaban constantemente al Señor para que algún día cantemos también en el cielo sus alabanzas.

Los lectores de novelas son curiosos de vidas ajenas que nada les importan.

“Ne recorderis...” (VISPERA DE DIFUNTOS)

Viene la noche tendiendo de sombras su negra capa; silenciosas las tristezas sobre el mundo se derraman; timidas luces alumbran el trozo de tierra santa en que los muertos la vida y la eterna luz aguardan; sólo el silencio interrumpen los ayes de las campanas como gritos de ultratumba, como voces de las almas...

Una invasión de recuerdos el corazón despedazan, y en hondas meditaciones el pensamiento se estanca... Nunca es la vida tan débil, nunca es la muerte tan brava. ¡Qué cortas son estas horas! y aquella vida... ¡qué larga! ¡qué grande el fondo sin fondo de las miserias humanas!

¡Oh, la vida de la muerte con qué rapidez se ensancha! y la muerte de la vida ¡cómo acude a alimentarla! ¡Qué grande es Dios que no muere! ¡qué visible nuestra nada!

Señor, tu poder conozco, y el orgullo que me mata; mas por tu misericordia no te acuerdes de mis faltas.

Quando al siglo has de juzgar con ese fuego que abrasa,
«Ne recorderis, Señor,
ne recorderis peccata...»

L. L. C.

(Del libro «De la tierra y del cielo»)

La Conmemoración de todos los fieles difuntos

El día que inmediatamente sigue al de Todos los Santos, quiere la Iglesia que roguemos al Señor por todos los fieles difuntos.

Las almas de los que mueren, si no esrán del todo purificadas, si tienen que satisfacer algo a la justicia divina, ya por los pecados veniales, ya por mortales, perdonados ya en cuanto a la culpa, pero no del todo en cuanto a la pena, van a sufrir la necesaria expiación en el lugar que llamamos Purgatorio.

Por modo de sufragio nuestras buenas obras les sirven de alivio y las ayudan a salir de ese lugar de tormentos, donde están purificándose hasta hacerse dignas de presentarse ante el trono del Señor y gozar de su presencia. Estas son las que llamamos Almas o Animas benditas.

Y si en todo tiempo podemos ofrecer por ellas una obra buena, una limosna, una Comunión, una Misa, un Rosario, un Via-Crucis, una indulgencia, mucho más debemos hacerlo en este día en que nuestras oraciones van unidas a las de toda la Iglesia.

Por eso, desde la víspera empiezan a doblar las campanas pidiendo a los fieles que rueven a Dios por esas almas, entre las que están las de nuestros padres, hermanos, amigos a quienes tanto quisimos en la tierra, y a los que podemos adelantar la felicidad y aliviar de sus tremendos dolores.

Ninguna obra de caridad que podemos hacer por los pobres y necesitados, puede llegar a la que hagamos por las almas, ya que su necesidad es superior a todas. Y además esas obras que aplicamos para otros no son pérdidas para nosotros, sino que el Señor las escribe en nuestro haber, y por ellas hemos de tener muy grande recompensa.

¡Cuánto tiempo se pierde en pasar de una ocupación a otra!

Cultos de la semana

El domingo la Misa rezada a las ocho y la parroquial a las nueve. A las diez la catequesis de niños. Por la tarde el ejercicio a las seis.

El lunes, festividad de Todos los Santos, las Misas a las mismas horas que el domingo y lo mismo la catequesis. A las tres vísperas de difuntos, y a las seis el ejercicio del mes de Animas.

El martes, Conmemoración de todos los fieles difuntos, habrá Misas rezadas desde las cinco, y la mayor, con sermón de Animas, a las ocho. Indulgencia plenaria este día, como se dice en el Santoral de primera plana.

La solemne novena de Animas se aplaza hasta después de las fiestas del Sagrado Corazón de Jesús.

En los demás días, como en semanas anteriores.

Las campanas de Santiago

III

La campana de que vamos a tratar hoy es la que estuvo sirviendo para el reloj.

Está colocada en el mismo lado de la torre que ocupa la compañera de que hablamos en el último número, o sea, mirando a la Montaña. Es la más pequeña de todas, y se la conoce con el nombre de *din*. Alternando con la del *dan*, forman el *din, dan* que se toca en los entierros de los párvulos.

Es la primera que suena todos los días laborables, después que la gorda ha anunciado el alba, pues ella se ha encargado de llamar con su fina voz a los fieles a las Misas rezadas que se celebran antes de la mayor, usándose en forma de esquilon, y habiéndosele encomendado este cargo hace pocos años, porque el esquiloncillo que está en una espadaña sobre el muro Noroeste de la Iglesia, apenas se dejaba oír.

Es además la campana que toca todas las tardes para el Santo Rosario.

Además de estos se usa en los repiques generales y en los dobles por los difuntos, formando contraste en uno y otro caso su débil y atiplada voz con las poderosas de las campanas grandes. Tiene 58 centímetros de alta y 61 de diámetro por sus bordes, y pesará unas diez arrobas.

Ella nos habla muy poco de sí misma. En el círculo superior ostenta esta inscripción: *Sancte Jacobe, ora pro nobis*. Y en su frente nos da la fecha de su fundición en numeración romana: *MDCCLX (1760)*. Tiene, pues, la respetable edad de 166 años, siendo la más antigua de todas sus hermanas.

En más de siglo y medio que suman sus días, ¡cuántos acontecimientos habrá presenciado! ¡A cuántas alegrías y a cuántas tristezas se habrá asociado nuestras, de nuestros padres, de nuestros abuelos y bisabuelos y tatarabuelos!... ¡A cuántos ha visto nacer y envejecer y morir! ¡Qué larga procesión de muchachuelos ha visto pasar por la torre, sucediéndose los unos a los otros, mientras ella, siempre en el mismo sitio, es la misma en figura, en sonido, en juventud y en dureza, sin menoscabo ni detrimento ninguno! ¡Y cuántas veces, mientras estuvo al servicio del reloj, anunció a las gentes el rápido andar del carro de los tiempos, mucho más aún que los aeroplanos que después han pasado sobre la torre! Y así seguirá hasta que Dios quiera, desafiando los tiempos a pesar de su frágil broncea contextura.

Era Cura Párroco el año de su fundición don Fernando Antonio Blanco del Pozo. No consta tampoco en el archivo parroquial el nombre del fundidor, pero sí el importe de la misma, que se hizo de otra campana. En el cargo de las cuentas de aquel año figura esta partida: Cuatrocientos y sesenta reales que costó la hechura de una campana, metal que se le añadió, llevarla y traerla donde se había de fundir, y subirla y asentarla en el campanario.